

Simplifica tu escuela

Maria Carme Boqué Torremorell

Responsable de Títulos Propios y Formación Continuada
Universidad Ramon Llull - FPCEE Blanquerna



Contacto:

mariacarmebt@blanquerna.url.edu

Maestra, posgraduada en Mediación y Resolución de Conflictos y doctora en Pedagogía. Profesora de la FPCEE Blanquerna (URL), ha colaborado con la Subdirección General de Formación Permanente y Recursos Pedagógicos del Departament d'Ensenyament de la Generalitat de Catalunya (programas de Convivencia y Mediación) y con el programa "Escuela espacio de paz" de la Junta de Andalucía. Formadora de formadores en escuelas de verano, cursos universitarios y ponente en el marco de diferentes jornadas y simposios. Ha dirigido los cursos de posgrado *Mediación en el ámbito socioeducativo* (UAB & A.M. Rosa Sensat) y *Mediación* (URL). Miembro de l'A. MM. Rosa Sensat, de l'Association for Conflict Resolution (EEUU), del consejo editorial del Journal of Peace Education, del Consejo social del Colegio de Pedagogos de Catalunya y del Observatorio de los derechos de la Infancia de Catalunya. Autora de artículos y libros, entre los que destacan: *Guía de mediación escolar*, *Cultura de mediación y cambio social*, *Hagamos las paces*, *Tiempo de mediación*, Colección *Pensando en los demás* y *Construir la paz: transformar los conflictos en oportunidades*.

Resumen

Los cambios en educación deberían ir precedidos, a nuestro modo de ver y entender, de razonamientos claros y contundentes sobre aquellas concepciones y prácticas que han dado forma a la escuela del siglo pasado y que ya no sirven más. Tal vez así lograríamos deshacernos definitivamente de aquellos estorbos que impiden el avance y sortearíamos las constantes involuciones que insisten en recaer en lo mismo por el simple hecho de "que toda la vida se ha hecho así". La comprensión del pasado y la memoria pedagógica deben ocupar su lugar en la vitrina de la innovación educativa, para no olvidar tropiezos, evitar repetir errores, preservar lo que es esencial y recorrer sin trabas, con paso firme y ligero, el trecho que todavía nos separa de la escuela que anhelamos. No se trata de despreciar el pasado, sino más bien de sacarle provecho. En este artículo nos proponemos únicamente compartir algunas reflexiones generales acerca de lo que ya no nos funciona para luego formular planteamientos más acordes a nuestros tiempos.

Palabras clave

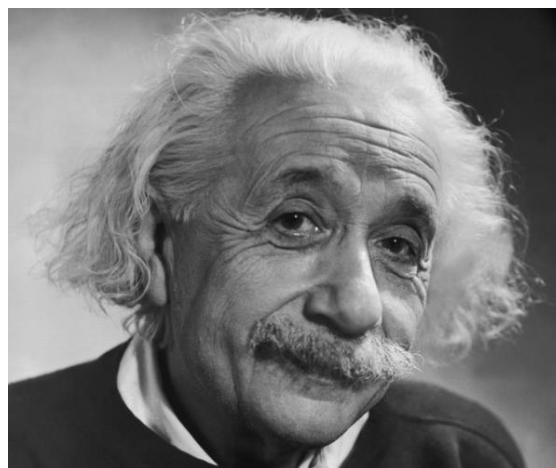
Cambio pedagógico, dimensiones clave del cambio, obsolescencia, competencias docentes, prácticas transformadoras.

Menos es más

Parece que, ahora sí, vamos a reformar la escuela. Todavía no sabemos del todo bien cómo lo vamos a hacer, pero lo que sí está claro es que lo viejo ya no nos sirve: tiramos tabiques, retiramos muebles y pintamos paredes y puertas de colores fosforescentes. Sin embargo, en toda reforma que no sea un simple remiendo (vulgarmente conocido como “tapar agujeros”), antes de comenzar debemos deshacernos de lo que quedó anticuado, rancio e inservible. En estos momentos de cambio pedagógico, más que justificado, se trata tanto de meter en la escuela ideas y prácticas transformadoras como de retirar las que a todas luces han quedado obsoletas. En caso contrario, la escuela podría llegar a convertirse en un almacén donde se amontonan todo tipo de cachivaches metodológicos, mamotretos educativos, cacharrería pedagógica, prácticas docentes inservibles y bártulos didácticos que impiden la entrada de aire fresco.

Por este motivo hemos encabezado estas páginas de reflexión bajo el título “simplifica tu escuela”, con el convencimiento de que ha llegado la hora de mantener lo esencial del universo educativo: el respeto por la dignidad de todas las personas, la curiosidad y la pasión por el saber, la participación y el compromiso de los niños y las niñas en su proceso de desarrollo, la disponibilidad y el testimonio vital de los adultos, la sensibilidad y deferencia de la administración, la complicidad de toda la sociedad en el progreso de cada ser humano y en la construcción de un mundo mejor para todo el mundo, etc. Albert Einstein afirma: “everything should be made as simple as possible, but not simpler”, porque la perfección y la simplicidad van de la mano, mientras que lo sobrante estorba. Para Einstein, “simple” no equivale a “sencillo” o “básico”, sino más bien a “claro”, incluso “hermoso”.

Ha llegado la hora de mantener lo esencial del universo educativo (...) porque la perfección y la simplicidad van de la mano.



“Everything should be made as simple possible, but not simpler”

Albert Einstein

Fullan (2002) considera que hay dos dimensiones clave para el cambio: aquello que los individuos pueden hacer a pesar del sistema y la forma cómo los sistemas necesitan transformarse. Según este autor, no podemos esperar a que el sistema cambie solo:

“Entonces, debemos desarrollar nuestras propias capacidades individuales para aprender y para seguir aprendiendo sin dejar que nos derrumben las vicisitudes del cambio. Este es también el camino para que el sistema cambie. Si más individuos actuasen como aprendices; si conectasen con su espíritu infantil; si se hablase cada vez más con aquellos que tienen ideas diferentes a las nuestras, es probable que los sistemas aprendiesen a cambiar.” (Fullan, 2002, 10).

Dicho esto y partiendo del supuesto de que poco a poco los centros docentes se irán desprendiendo de lo inútil para crear el espacio para lo necesario e imprescindible, intentaremos responder a las siguientes preguntas: ¿qué deberíamos eliminar de la escuela? (dimensión referente al sistema) y ¿qué tipo de competencias debería poseer un docente o una docente para sentir satisfacción por su labor en el contexto actual? (dimensión referente al individuo).

Contra las discontinuidades en educación

Una misma metodología didáctica se puede aplicar bien o mal, una o un docente concreto puede agradar a este alumno y disgustar a aquella, un libro cautiva solamente a parte de sus lectores y lectoras, por eso siempre se encuentra algún resquicio por donde salvar o denostar una determinada manera de educar. De modo que, más que señalar prácticas concretas, tal vez resulte más efectivo buscar criterios que nos permitan identificar aquello que debe ser concluyentemente eliminado de la escuela.

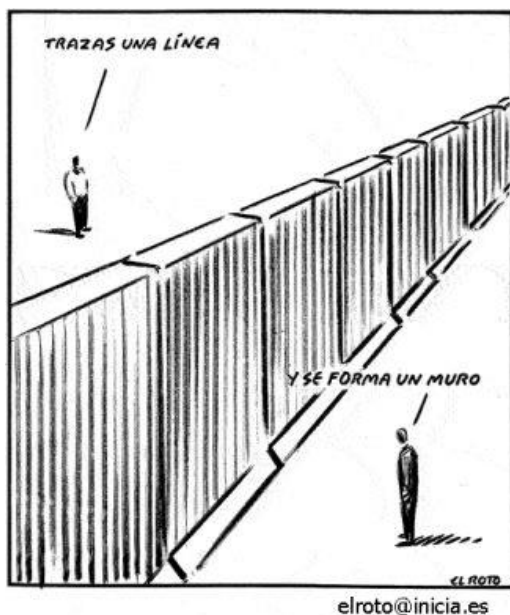
Uno de los criterios que nos funciona a la hora de saber cómo hacer el descarte es el de “discontinuidad”.



Todo lo que discontinúa la educación, aquello que la vuelve irregular o inconexa nos parece improductivo y, por ende, sobrante. La lista es muy larga:

- La separación entre ciencias y letras, arte y matemáticas o historia y lengua que solo se da en el ámbito académico.
- La división entre estudios universitarios y profesionales o entre teoría y práctica.
- La segregación por edades, el corte generacional y las etapas educativas herméticas.
- La brecha de género: machismos benevolentes, división de tareas, diferenciación de aspiraciones, feminización de la docencia, desigualdad en los roles directivos y de liderazgo, etc.
- La ignorancia mutua entre los distintos escenarios de aprendizaje: formal, no formal, informal.
- Las fronteras con el exterior, las escuelas-fortaleza en donde para salir se necesitan todo tipo de permisos, el distanciamiento de la realidad, la falta de contacto con la naturaleza y el miedo a lo que hay fuera.
- Las particiones temporales, los calendarios que desconectan los períodos para aprender de los períodos para vivir, los tiempos sujetos al cronómetro que marcan “lo que toca ahora” e interrumpen lo que de verdad está sucediendo, que agitan y aceleran innecesariamente los descubrimientos más significativos impidiendo su cristalización.
- Las desigualdades en la distribución de dignidad, justicia y participación, la sectorización de los agentes educativos y las exclusiones implícitas.
- Los fragmentos de verdad con que se explican causas y efectos de los resultados en educación, frente a una realidad plural, múltiple, dinámica y compleja a la que no le valen ni los gurús ni las franquicias educativas.
- El cierre al cuerpo, a los sentimientos y a la espiritualidad que solo logra retener las mentes a la fuerza.
- La desconexión entre realidad e imaginación que rechaza lo posible, la esperanza y el sueño como motores de aprendizaje.
- El temor al conflicto, a lo perturbador y a la incertidumbre de donde nacen los retos más interesantes y las respuestas más originales.
- El aislamiento de los docentes, encajonados en aulas, materias y departamentos distantes, aún con su “librillo”, desconocedores de los beneficios de la docencia compartida y el aprendizaje entre pares.

- ⊕ La grieta cada vez más ancha y profunda que cavan las leyes y donde solo crecen las malas hierbas del desapego, la desconfianza y la impotencia.
- ⊕ Las barreras a una educación de calidad para los más vulnerables (pobres, inmigrantes, diferentes capacidades) que convierten al sistema educativo en un sistema que redobla la marginación.
- ⊕ La polarización cultural que aprueba determinadas cosmovisiones, lenguas y modos de vida mayoritarios rechazando la riqueza y la sabiduría de las minorías, de los débiles y olvidados.
- ⊕ La división entre lo académico, el juego, la experimentación, el raciocinio, la intuición, la memoria, etc. que forman parte del aprendizaje.
- ⊕ ...



Todo lo que discontinúa la educación, aquello que la vuelve irregular o inconexa nos parece improductivo y, por ende, sobrante.

En el ámbito de la tecnología se usa el concepto de “obsolescencia” para denominar aquellos artilugios que aunque sigan funcionando, ya no cubren la función para la cual se diseñaron porque han sido superados por aparatos mucho más eficientes.

Packard (1960) señaló tres tipos diferentes de obsolescencia:

1. de función, cuando el nuevo producto tiene prestaciones superiores;
2. de calidad, porque su funcionamiento deja de ser el adecuado;
3. de deseo, dado que se le asignan valores peyorativos o deja de estar de moda.

Si trasladamos la idea de obsolescencia a la educación, advertimos que estamos frente al reto de demostrar que lo nuevo es más eficiente (por prestaciones, economía, ajuste a la realidad, resultados), que lo antiguo funciona de manera desajustada (falla, no rinde, resulta caro, no alcanza) y que los “valores” implícitos en los que se sustenta la educación del siglo pasado ya no se aceptan en las actuales sociedades del conocimiento (injusticia, desigualdad, exclusión, violencia, individualismo, discontinuidad).

Rivas (2014) afirma que la escuela se ha resquebrajado por dentro. La falta de base común y la actual dispersión de creencias muestran centros a la deriva que se hunden irremisiblemente, mientras otros brillan en la oscuridad. En el siguiente apartado trataremos de recopilar aquellas competencias que los y las docentes necesitan para el siglo XXI y no únicamente para responder a las demandas del presente o para lograr buenos resultados, sino también para ser felices y brillar en esta profesión-vocación.

Educar es más difícil que enseñar, porque para enseñar Ud. precisa saber pero para educar se precisa ser



Maestros y maestras en escuelas efervescentes

Las competencias que el profesorado precisa para tener éxito en su profesión van asociadas al momento de crisis económica, cultural, social y política en que nos hallamos inmersos. Una crisis que entendemos como motor de cambio, caldo de cultivo de oportunidades y laboratorio de descubrimientos. Las herramientas y conocimientos con que la humanidad cuenta hoy se han multiplicado exponencialmente en todos los ámbitos, también en el de la educación, facilitando todo tipo de procesos que transforman a su paso todo lo que tocan.

Se trata de competencias de tipo estratégico que permiten comprender mejor los cambios, las nuevas necesidades y las oportunidades vinculadas a cada una de las piezas del complejo engranaje que mueve el sistema educativo. Un sistema que hoy en día algunos consideran artrítico, otros califican de inoperante y que, mayoritariamente, se cuestiona. Al mismo tiempo, hay un acuerdo generalizado en que una buena formación es, ahora, más valiosa y conveniente que nunca.

Todo apunta, como hemos dicho, a la necesidad de abandonar muchas de las tradiciones organizativas y didácticas que han definido la profesión docente hasta ahora, porque aunque fuesen muy apropiadas para formar a personas del siglo XX ya no sirven para capacitar a los seres humanos del presente milenio. Sin embargo, dejar atrás lo conocido se vive con temor y con dolor. Tal vez por eso la escuela cambia de manera tan lenta y costosa, porque sin soltar el lastre que la paraliza se ve forzada a cargar con nuevas exigencias. Así, nos encontramos con una sensación de sobreesfuerzo en las aulas mientras que los logros y la satisfacción parecen disminuir.

Coincidiendo con la mayoría de autores, creo que el profesorado tiene que familiarizarse con la gestión de la información y las estrategias para lograr que los datos se conviertan en conocimiento. Para ello, los docentes deberán ser personas muy curiosas e intelectualmente inquietas, con interés genuino por el saber y la cultura, independientemente de lo que van a trabajar en el aula. La pasión por el saber es,

hoy en día, más importante que el conocimiento en sí, porque empuja a aprender sin límites y el esfuerzo que conlleva se ve compensado porque cada brizna aprendida está cargada de significado para quien la cosechó.

La educación es, ante todo, un derecho, por ello es absurdo apartar a alguien del sistema educativo. En consecuencia, los docentes deben promover el acceso universal al conocimiento. La mejor manera de hacerlo sea, probablemente, dejarse guiar por cada alumno y por cada alumna. Cuando el objetivo es dar respuesta a cada persona surgen nuevas estrategias, formas organizativas, responsabilidades y maneras de trabajar que vuelven al docente más competente. Como se ve, no son los alumnos quienes responden a los docentes, sino los docentes a los alumnos y el aprendizaje es mutuo. Aquí el fracaso no se atribuye automáticamente a los niños y niñas que no progresan, puesto que la educación debería ser “customizada”, hecha a medida para cada persona. Nadie duda de que existen aficiones y gustos diferentes para casi todo en esta vida, sin embargo, se pretende que a la hora de aprender todo el mundo lo haga del mismo modo. Esta inversión educativa, que bascula del alumno al profesor, es bien lógica si se piensa que el adulto es el profesional que tiene las herramientas para trabajar con el otro y no al revés.

Cuando el objetivo es dar respuesta a cada persona surgen nuevas estrategias...

Para que el profesorado se sienta satisfecho en el ejercicio de su trabajo, además de tomar consciencia de cómo contribuye al desarrollo del alumnado, también debe experimentar su propio bienestar. El cuidado y conocimiento de uno mismo requiere competencias y hábitos para la salud física, mental y social. Dentro del propio perfil profesional, los docentes necesitan espacios de reflexión, de introspección, de evaluación formativa, de gestión emocional, así como herramientas para mantener un buen estado físico y para cultivar unas relaciones interpersonales saludables, que les permitan encarar los conflictos con una mirada positiva centrada en la comprensión y la reparación. Las prácticas

metacognitivas sobre la propia actividad docente deberían ser usuales.

Otro ámbito competencial que me parece básico debe ir encaminado a encontrar el sentido a la propia labor docente desde la crítica, enmarcando la educación en un contexto mucho más amplio que “mis niños, mi aula, mi centro”. El compromiso con la humanidad y el planeta viene dado porque las nuevas generaciones son, en realidad, poseedoras tanto del presente como del futuro y, por primera vez en la historia, se comienza a temer que los hijos alcancen cotas de bienestar inferiores a las de sus progenitores. El paso por el sistema educativo jamás debería suponer una carrera de obstáculos eliminatória en la que tan solo los más adaptados van a llegar a la meta que se les marcó de antemano. Creo que la mejor manera en que la humanidad puede proteger a sus nuevos miembros es concediéndoles el tiempo necesario para desarrollarse. Por otro lado, quienes se dediquen a educar tienen que ejercitar continuamente su sentido crítico, porque son muchas las decisiones que hay que tomar y con grandes limitaciones de tiempo.

Además, puestos a pedir, sería fantástico que los docentes estuviesen dotados de competencias para la investigación en el aula, porque todavía hay un gran desconocimiento sobre cómo se llevan a cabo los procesos de enseñanza y aprendizaje con efectividad. Por ello, aunque a las administraciones y gobiernos las encuestas internacionales les parezcan muy iluminadoras, a la mayoría del profesorado ni siquiera le llaman la atención, primero porque los resultados que arrojan no le sorprenden y, segundo, porqué los datos no explican lo que sucede en la escuela ni ayudan a visualizar cómo responder a los retos cotidianos. Se necesita poner el foco en miles de situaciones micro antes de pasar a lo macro y permitir a los maestros y las maestras que incidan y participen en las cuestiones a investigar.

Para que el profesorado se sienta satisfecho en el ejercicio de su trabajo, debe tomar consciencia de cómo contribuye al desarrollo del alumnado y experimentar su propio bienestar.

Obviamente, las competencias que se proponen aquí no se desarrollan tan solo en la formación inicial del profesorado, sino a lo largo de la vida. Los estudios de grado (antiguas licenciaturas y diplomaturas) abren las puertas al ejercicio de una profesión, pero cada docente deberá completar su perfil formándose para ser capaz de dar respuesta a los retos que le plantea el contexto concreto donde ejerce. La co-formación, la práctica reflexiva y demás estrategias colaborativas en la escuela están ganando el terreno al tradicional repliegue de cada docente en sí mismo.

Cada vez tenemos mayor convencimiento de que los centros educativos se irán diversificando en sus maneras de hacer, pero no en sus objetivos. Aquí también jugarán un papel verdaderamente importante las evaluaciones educativas, que habrán de ser capaces de proporcionar orientaciones realmente útiles. Pensamos que un programa de evaluación tiene que medir las competencias del alumnado a su ingreso en el sistema educativo, las que tiene al salir y la devolución que le hace a la sociedad. Nos parece pues, que parte de lo aprendido debería redundar en el terreno de lo público, de lo común, y no solo en ocupar una determinada posición en la sociedad, ya que “más sapiens” no debería suponer “menos homo”.

Cada vez son más las escuelas que han entrado en un proceso de efervescencia donde el aprender sin pensar ha dado paso a mentes abiertas. Ahora más que nunca un buen perfil docente conlleva excelencia en el aula, actividad en el centro y compromiso con el mundo. En estos escenarios, la gestión positiva de la convivencia constituye una de las claves del éxito: se ha de poder circular con libertad, trabajar con autonomía y compartir los aprendizajes. Sin lugar a duda, la interfaz que todo lo conecta para que esto suceda es una atmosfera de convivencia constructiva favorable al entendimiento, al respeto y a la cordialidad, en donde cada cual enriquece su historia vital al tiempo que contribuye al progreso colectivo.

Cumplamos, pues, con la tarea de identificar y difundir lo que nos funciona en el ámbito de la convivencia, hagamos visible la armonía en el centro

y construyamos puentes que nos conecten con lo que todavía está por venir.

(...) un buen perfil docente conlleva excelencia en el aula, actividad en el centro y compromiso con el mundo.

En paz descanse

Sería estupendo levantarse una buena mañana y encontrar en todos los periódicos una esquila que dijese:

Necrológica

*Esta madrugada nos ha dejado
la educación bancaria
tras más de un siglo de gloria y esplendor.*

*Sus apenados adeptos lloran por su alma y
ruegan por su memoria.*

Y que la necrológica contase que junto con esa educación arcaizante cayeron en el más completo olvido todas aquellas metodologías que no parten del alumnado, perecieron los aprendizajes que se estructuran vertical y clónicamente y se petrificaron los eremitas en el aula.

...y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.

(El Quijote, primera parte, capítulo XIX)

Referencias

Fullan, M. (2002). El significado del cambio educativo: un cuarto de siglo de aprendizaje. *Profesorado, revista de currículum y formación del profesorado*, 6 (1-2), 1-14. Recuperado de: <https://www.ugr.es/~recfpro/rev61ART1.pdf>

Packard, V. (1960). *The waste makers*. New York: David McKay Company, INC.

Rivas, A. (2014). *Revivir las aulas: un libro para cambiar la educación*. Buenos Aires: Penguin Random House.